

IDILIO XV.

GORGÓ.

¡Profetizó el oráculo y se ausenta!

PRAXINÓE.

Todo saben las viejas. Del enlace
De Júpiter y Juno aún dan cuenta. 11

GORGÓ.

¡Ay Praxinóe: cuánto me desplace!
Mira qué muchedumbre hay á la entrada.

PRAXINÓE.

Impenetrable. Deja que te abrace;
Dáme la mano, Gorgo.—Tú abrazada
Con Eutíquide, Eunóe, avanza; y cuida
No yerres de nosotras separada.

Entrémos todas juntas. Bien asida
Vé, por piedad, Eunóe.—¡Ay, sin consuelo!
¿Qué va á ser hoy de mí, Gorgo querida?
En dos pedazos me han rasgado el velo.—
¡Buen hombre! No desgarres mi ropaje,
Así te lleve Júpiter al cielo.

HOMBRE.

No ha sido culpa mía; mas tu traje
Procuraré cuidar.

IDILIO XV.

PRAXINÓE.

¡Qué turba densa!
Empujan como cerdos. ¡Qué oleaje!

HOMBRE.

Pásete la inquietud, señora; piensa
Que ya estamos en salvo.

PRAXINÓE.

Amigo caro:
Ahora y siempre tengas recompensa.
Nos ha salvado tu piadoso amparo;
Mi gratitud te seguirá sin tasa.—
Ya sofocan á Eunóe. ¡Eh! sin reparo
Sigue, cobarde; por la fuerza pasa.—
Muy bien. *Ya entramos todas*, como dijo
Aquel que á su mujer encerró en casa.

GORGÓ.

Ven aquí, Praxinóe: ¡oh regocijo!
Contempla esos magníficos tapices:
Obras de dioses los crearás de fijo.

IDILIO XV.

PRAXINOE.

¡Veneranda Minerva! ¿A qué felices
Manos tejer fué dado esas figuras?
¿A qué pincel trazar esos matices?
Parecen animadas esculturas:
Que se mueven cualquiera se imagina.
¡Cuán naturales son esas posturas!
Tiene el hombre en verdad ciencia divina.
De Adónis ve la efigie primorosa
Que en su lecho de plata se reclina.
El bozo apénas en su faz graciosa
Empieza á despuntar. ¡Cuán justamente
Le aman aún en la Estigia luctuosa!

HOMBRE SEGUNDO.

¡Bah! Dejad vuestra charla impertinente.
De tórtolas parece ese lenguaje:
La boca abris sin gracia.¹²

GORGO.

¡Qué insolente!
¿Y de dónde salió ese personaje?
¡Por mi vida! Si somos charlatanas
¿Te hacemos, por ventura, algun ultraje?
Vé á buscar entre tantas cortesanas
Alguna á quien mandar: es bien distinto
El querer sujetar Siracusanas.

IDILIO XV.

Y sábete que oriundas de Corinto¹³
Somos, como lo fué Belerofonte
Que abandonó la patria en sangre tinto.
Del gran Peloponeso á oír imponte
El dialecto; que en Dórico el de Doria
Puede hablar, segun creo.

PRAXINOE.

¡Oh de Aqueronte
Dulcísima Señora! La alta gloria
De imponernos su imperio, nadie pueda
Clamar salvo uno solo. ¡Vil escoria!
Ni bien ni daño temo me suceda¹⁴
Por causa tuya. Cese tu porfia.

GORGO.

Silencio Praxinóe: estáte queda.
A Adónis va á cantar la hija de Argía,
La sábia cantatriz, que tanto nombre
De Espérquis¹⁵ alcanzó con la Elegía.
Ya preludia. Oirás algo que asombre.

CANTATRIZ.

¡Dulce Reina, que en Golgos¹⁶ te recreas,
Que moras en el Erice eminente
Y en la alta cima del Idalio monte!
¡Oh Vénus, que con oro jugueteas!
¡Cuál á tu Adónis adorable, ausente
Hace ya doce meses, de Aqueronte
Traen las Horas hoy, de piés süaves!¹⁷
Lentísimas y graves

IDILIO XV.

Las dulces Horas son entre las Diosas;
 Mas deseadas llegan,
 Y siempre generosas
 Egregios dones al mortal entregan.
 ¡Oh prole de Dione, alma Ciprina!
 Tú la inmortalidad diste esplendente,
 Segun la Fama cuenta, á Berenice,¹⁸
 Ambrosía infundiéndole divina
 En su cándido seno reluciente.
 Agradecida su Hija te bendice
 ¡Oh Diosa de mil nombres y mil templos!
 Siguiendo los ejemplos
 Arsinóe¹⁹ de Helena, altos honores
 A Adónis establece;
 Y las prendas mejores
 Que el Reino dá, munífica le ofrece.

Cuantas frutas regálanos la grata
 Autumnal estacion; cuanta verdura
 En los amenos huertos blanda brota,
 En canastillos de bruñida plata
 Le llevan, imitando á la natura.
 Sus perfumes para él la Siria agota
 Y envia en áureos vasos á millares:
 Cuantos ricos manjares
 Prepara la mujer, á blanca harina
 Mezclando suave aceite
 Con flores y miel fina,
 De Adónis hoy concurren al deleite.

IDILIO XV.

Cuantas aves recorren á parvadas
 El ancho cielo, aquí contempla el ojo,
 Aquí se admiran todos los reptiles.
 Tambien se elevan verdes enramadas
 Adornadas doquier de suave hinojo;
 Encima los Amores infantiles
 Aquí y allí festivos juegetean,
 Y tiernos aletean.
 De ruiseñor á guisa de polluelo
 Que á revolar aprende,
 Cada uno armando el vuelo
 De un ramo y de otro ramo se desprende.

¡Cuánto ébano! ¡Cuánto oro! ¡Qué preciosas
 Aguilas blancas de marfil, llevando
 El fiel copero á Júpiter amante!²⁰
 ¡Qué purpúreas alfombras primorosas!
 Que el dulce sueño juzgarán mas blando
 Su mórbido tejido, el habitante²¹
 De Samos fértil, y Mileto entera.
 La Diosa de Citera
 Del lecho de su Adónis no se mueve.
 Solo le apunta el bozo;
 Diez y ocho ó diez y nueve
 Años, apenas cuenta el rubio mozo.

¡Alégrate, Citéres! Goza ufana
 Hoy que á tu esposo te devuelve el cielo

IDILIO XV.

Desde los reinos de Aqueronte umbrío.
Nosotras muy temprano en la mañana
En procesion solemne, cuando el suelo
Aun humedezca el matinal rocío,
Del mar lo llevarémos á la orilla.
Nuestra veste sencilla
Dejando hasta el talon caer de lleno,
Suelta la cabellera
Y descubierto el seno,
Cantaremos allí de esta manera:

Vuelves ¡oh dulce Adónis rubicundo!
Desde Aqueronte á nuestro suelo ardiente.
No hay semidios que tal ventura cuente;
Ni el grande Agamenon²² volvió á este mundo:

Ni aun Héctor,²³ primer fruto del fecundo
Seno de Hécuba hermosa, ni el valiente
Pirro,²⁴ cuando cayó Troya impotente
Ni el buen Patroclo,²⁵ ni Ajax²⁶ iracundo.

No tornaron los viejos Deucaliones,²⁷
Lápitás ni Pelópidas; ni de Argos
La flor y nata, los Pelasgos fuertes.

¡Oh Adónis! Sé propicio á mis canciones:
Alegre vuelve á nos por años largos,
Que hoy y siempre doquier consuelo viertes.

IDILIO XV.

GORGO.

¡Admirable cancion! ¡Oh afortunada
Mujer, cuyo saber el mundo llena!
¡Qué voz tan suavemente modulada!
Mas de partir es hora, que sin cena
Se halla mi Diocrides, y su enojo
Cuando está sin comer, ninguno enfrena.
No te venga jamás de hablarle antojo
¡Oh Praxinóe! si lo ves hambriento.—
¡Adios, oh Adónis! A mi hogar me acojo;
A dó reina el placer vé tú contento.

